

PRESENTACION: CUBA Y LA ECONOMIA INTERNACIONAL

Francisco León Delgado

Al final de una década perdida o de aprendizaje doloroso en Latinoamérica y el Caribe, las miradas han girado hacia Cuba, última en llegar a compartir esa experiencia. La tardanza, la profundidad y la amplitud de la crisis cubana, unidas a la especificidad de su inserción internacional y de su modelo económico, social y político, explican que su análisis constituya aún un caso aparte en nuestra heterogeneidad. Los autores de estos trabajos así lo entendieron, dando la oportunidad a los lectores de poner a prueba sus hipótesis y propuestas sobre la naturaleza de la crisis regional y de la cubana, en particular.

El lugar destacado de la alternativa cubana en el debate ideológico de las últimas tres décadas, y la ausencia frecuente de Cuba de las evaluaciones internacionales ante la inaccesibilidad y la particularidad de sus estadísticas económicas y sociales, confinaron el análisis sistemático de la realidad cubana a un reducido número de científicos sociales dentro y fuera de la Isla, cuyas divergentes interpretaciones podrían ser aceptadas o rechazadas, pero difícilmente conciliadas por un observador externo. Rompiendo con esa tradición, los trabajos reunidos en este número de *Estudios Internacionales* son el fruto un esfuerzo exitoso de estos especialistas por abordar una temática común con análisis individuales realizados en el contexto de un intercambio profesional de más de dos años. Ellos son el resultado de un grupo de estudio organizado y financiado por la Latin American Studies Association (LASA) sobre el tema "Cuba y la economía internacional". Los co-directores del grupo fueron Carmelo Mesa-Lago y José Luis Rodríguez, y sus ocho miembros se reunieron en la Universidad de Pittsburgh (1989) y en el Centro de Investigaciones de la Economía Mundial (CIEM) en La Habana (1990). Los trabajos fueron terminados en 1992 y dos de ellos traducidos al castellano por CIEM. Los de Blasier y Mesa-Lago aparecieron primero en inglés y se publican aquí con autorización de la University of Pittsburgh Press.

Estamos por vez primera ante un análisis de la crisis económica cubana actual, en que la diversidad de interpretaciones y propuestas tienen una base común de informaciones estadísticas y factuales. Y, cuando las diferencias persisten, como en la estimación de la ayuda económica soviética, el intercambio entre los autores ha quedado registrado y es posible identificar fácilmente a través de sus citas cruzadas los supuestos y procedimientos utilizados por cada uno de ellos (Mesa-Lago, Ritter, Rodríguez). Así, la divergencia en las conclusiones sobre el carácter subsidiado (Mesa-Lago y Ritter) o no subsidiado (Rodríguez) de la economía cubana tiene lugar en una trama argumental donde los órdenes de magnitud de las transferencias, los mecanismos (precios, préstamos, ayuda militar) y las causas que los originan (déficit comercial, insuficiencia del ahorro interno), son comunes en los tres trabajos. La diferencia en la evaluación final dependerá del énfasis relativo en la generosidad soviética hacia Cuba que Mesa-Lago y Ritter consideran excesiva y que Rodríguez compensa señalando los beneficios que estos países obtuvieron en sus relaciones económicas con Cuba.

Este intercambio más allá de las diferencias ideológicas no constituye una sorpresa sino que un elemento recurrente en los países de América Latina y el Caribe durante la crisis de los ochenta, y constituye uno de los aportes positivos de la misma. La particular importancia y la singularidad de este intercambio entre especialistas en Cuba surge al comparar esta experiencia con esfuerzos similares pero en otros campos y la ubicación de los autores en el medio académico y el de la toma de decisiones que afectan al proceso cubano.

Encuentros entre especialistas en Cuba situados en campos ideológicos diversos y contrapuestos tuvieron lugar desde mediados de los setenta y con creciente frecuencia durante los ochenta, pero ellos sirvieron para marcar sus divergencias. A diferencia de éstos, las reuniones organizadas entre 1985 y 1987 por los centros de estudios internacionales de la Universidad de John Hopkins y de La Habana crearon el precedente de que era posible abordar un tema común y dar a conocer los resultados mediante una publicación conjunta.¹ El fruto de aquel intercambio fue la clarificación de los diferentes puntos de vista sobre el diferendo Cuba-Estados Unidos, mientras que en esta ocasión un esfuerzo similar ha permitido un mejor

¹ Véase Smith W. S. y Morales Domínguez, E. (eds.), *Subject to solution. Problems in Cuban-U.S. Relations*, (Boulder, Co.: Lynne Rienner Publishers, 1988).

conocimiento de la crisis económica cubana gracias a aportes complementarios y el logro de algunos consensos entre autores con puntos de vista diversos.

El grupo de trabajo de LASA reunió como coordinadores a quienes hasta 1988 eran las figuras representativas de la investigación académica que acompañaba la posición oficial del Gobierno cubano y de sus críticos en la academia fuera de Cuba.² Ellos y los miembros de sus respectivos equipos al desarrollar sus trabajos en el contexto de un intercambio sistemático de informaciones y de resultados de análisis, mostraron que era posible asociar la crítica con la colaboración científica en ciencias sociales. El fruto de este intercambio puede servir a quienes participan en la toma de decisiones que afecta al proceso cubano pero, en sí, queda circunscrito al ámbito del intercambio académico ya que la movilidad entre ese ámbito y el de la toma de decisiones tan común en América Latina y el Caribe es aun más que excepcional en Cuba. Cabe notar, al respecto, que uno de los autores (Roca) no teme en anunciar la proximidad del día en que en la Isla los economistas profesionales adquieran más peso en el proceso de toma de decisiones.

El enfoque.

Individual y conjuntamente los trabajos desarrollan un enfoque de economía política internacional, evitando, a la vez, un reduccionismo economicista capaz de ignorar temas como la hipercentralización de las decisiones (Ritter) o el voluntarismo que plantearía la posibilidad de un modelo de comercio desbalanceado en el futuro inmediato (Monreal).

La consistencia en el uso de ese enfoque común es proverbial en trabajos como el de Blasier, quien aborda el fin de la asociación soviético-cubana, reconociendo que "a lo largo de la historia han habido pocas relaciones tan integrales, amplias o duraderas". A continuación explora las múltiples facetas de esa relación, para establecer en ese contexto que fue la crisis económica soviética, a través de su impacto en las relaciones económicas con Cuba, la causa principal de la retirada de Moscú. El uso del enfoque de economía política lo

² Véase Rodríguez, J. L., *Crítica a nuestros críticos*, (La Habana: Editorial Ciencias Sociales, 1988).

lleva, simultáneamente, a afirmar que ese cambio hubiera tenido lugar aun sin *glasnost* y *perestroika* y a reconocer que éstas crearon presiones que aceleraron el cambio de las políticas económicas hacia Cuba. Su trabajo, a la vez que contextualiza hasta con la trama de relaciones interpersonales las relaciones económicas que ocupan el grueso de la atención de Mesa-Lago y de Rodríguez, aporta a estas últimas elementos esclarecedores, en particular, en base al análisis de la producción soviética de azúcar y de petróleo, ejes del comercio con la Isla.

Los trabajos tienen en común, igualmente, su perspectiva histórica, con una clara distinción de etapas en el período analizado, o sea el transcurrido desde el triunfo revolucionario de 1959 hasta el reciente derrumbe del campo socialista y de la Unión Soviética. Las referencias al pasado más lejano son menos frecuentes (Carriazo), y en algunos trabajos implícita (Monreal) o explícitamente (Roca) hay una concentración en la última década.

Al limitar el análisis al período post-1959, algunas afirmaciones, como la de que Cuba enfrenta hoy el desafío más serio de su historia contemporánea (Rodríguez), no son abordadas. Al respecto, los lectores acostumbrados a la comparación entre la crisis económica de 1930 y la actual, no dejarán de advertir que Cuba sufrió durante aquella crisis el deterioro de los términos de intercambio y del *quántum* de sus importaciones comparables a los ya prevalecientes en 1991.³ Sin duda, el análisis exigiría profundizar la comparación, y el mismo Rodríguez aporta informaciones como las relativas al cambio en la composición de las importaciones entre 1959 y 1989 que permitirían mostrar las diferencias entre las crisis de los treinta, los sesenta y los noventa, y dar luces novedosas sobre la capacidad relativa de adaptación de la economía cubana, por ejemplo frente a esas caídas drásticas de las importaciones. El fuerte incremento de los bienes intermedios en las mismas, particularmente entre 1959 y 1989, hace mayor y más duradero el impacto de la reducción de la capacidad importadora en la producción, la productividad y el empleo; lo que contribuye a explicar la magnitud sin precedentes de la crisis económica actual y las dificultades para superarla.

³ En los años treinta las importaciones cayeron a un tercio y los términos de intercambio al 40% del máximo alcanzado previamente. Ver Díaz Alejandro, C., "A América Latina em depressão: 1929/39", en: *Pesquisa e planejamento econômico*, Volume 10, Nº2, Agosto 1980, pp. 351-382; y "Latin America in the 1930's", en: Thorpe, R. M. (ed.), *Latin America in the 1930's*, (N.Y.: St. Martin's Press, 1984), pp.17-50.

La adopción del período 1959-1991 tiene la virtud de identificar los efectos específicos del embargo norteamericano iniciado en los años sesenta, de la crisis de la deuda con las economías occidentales a mediados de los ochenta y del derrumbe socialista y soviético 1989-1991, así como de apreciar el efecto combinado de los tres en la actualidad. La tardanza de la crisis económica cubana en relación a la del resto de los países de la región, encuentra su explicación en el incremento de la dependencia de la Unión Soviética como fórmula de postergación de la crisis de la deuda en los ochenta. A su vez, que la profundidad y amplitud de la crisis cubana resultan del efecto combinado de la trilogía embargo/crisis de la deuda/derrumbe socialista; y esa trilogía de factores inclinará al lector latinoamericano y caribeño a reconocer la singularidad de la crisis cubana. En cambio, le resultarán familiares la dinámica de los subsidios vía precio de la Unión Soviética y en particular su reducción en los años ochenta por el deterioro de los términos de intercambio, y el incremento del déficit en la balanza comercial y el endeudamiento externo (occidental y socialista) desde fines de los setenta (Mesa-Lago). De igual forma, los argumentos de Rodríguez acerca del origen espúreo, en este caso en la violación de los convenios, de la mayor parte (60%) de la deuda cubana con la Unión Soviética, les recordarán algunas de las discusiones en los años ochenta sobre la deuda de nuestros países.

Finalmente, como es habitual en América Latina y el Caribe en la actualidad, estamos en presencia de académicos que privilegian en su enfoque los temas de política económica. El análisis de Roca muestra inequívocamente la centralidad de esos temas en las publicaciones de los investigadores en Cuba, y hubiera sido extraño que el grupo de LASA fuera la excepción.

En ocasiones, el autor (Monreal) parte de una pregunta teórica general como la viabilidad socialista de Cuba en el contexto de un reforzamiento del sistema de economía mundial capitalista, para concluir en "la tarea interna pendiente de ser resuelta: el desarrollo de un sistema adecuado de organización de la economía socialista de Cuba". En otras (Ritter), avanza su preocupación por la creación del Instituto Biotecnológico, la inversiones en la continua extensión y expansión de la autopista trans-Cuba y en medicina de alta tecnología, y la decisión de cerrar los mercados campesinos. Pero, estas preocupaciones las relaciona con un problema de alcance más general, "la hipercentralización de las decisiones".

Vigencia de los temas.

Ante estudios de realidades sometidas a procesos de cambio tan rápidos y radicales como los que han afectado a Cuba en años recientes, el riesgo de su también rápida obsolescencia constituye una justa preocupación. Ella desincentiva a muchos investigadores a acometer la tarea y a los lectores a interesarse en sus resultados.

Los trabajos aquí reunidos, por la perspectiva histórica que adoptan (1959-1991), constituyen una guía inapreciable para poder seguir la evolución de la crisis cubana desde sus inicios en 1986, con la crisis diferida de la deuda y el Proceso de Rectificación de errores. Es gracias a guías como la que ellos nos proporcionan que rechazamos la reducción de la crisis cubana a causas únicas como las consecuencias de la caída del muro de Berlín, el embargo norteamericano, la condicionalidad política de su reinserción económica internacional, o el derrumbe de la Unión Soviética. A la vez que, a la luz de las preguntas surgidas de la experiencia de la crisis regional de los ochenta, la guía nos orienta en la búsqueda de la combinación de factores internos y externos de la crisis económica cubana. En particular, es esta combinación de factores la que es analizada en la puesta "entre paréntesis" del modelo de gestión económica desde 1986 y la imposibilidad hasta hoy de reemplazarlo por un modelo alternativo.

Desde una perspectiva histórica la vigencia de los trabajos deriva, además, de la solidez de las conjeturas sobre el futuro que desarrollan algunos de los autores. Entre ellas, destacan las relativas a los factores favorables a la continuidad de las relaciones económicas con los países de la ex-Unión Soviética. Y, no es por azar, que sean los trabajos de los tres economistas de la Isla junto al de Ritter, los que desde el título nos anuncian el propósito de explorar el futuro. Ni que sean ellos los más inclinados a buscar el lado positivo a las condiciones adversas, como cuando Carriazo, no sin razón, ve en la deuda cubana un factor de continuidad en las relaciones económicas con los acreedores occidentales.

Valorando la utilidad de los trabajos como guía y anticipación de la evolución de la crisis económica cubana, su aporte fundamental reside a nuestro entender en proporcionar los elementos de una agenda de temas para la superación de la crisis. El que autores que a menudo han sido tildados de críticos o de apologistas de la experiencia cubana hayan puesto también "una pausa" en sus polémicas sobre los errores y virtudes del pasado, y centrado su atención en el

quehacer presente y futuro, es el mérito y el acierto que les permitieron ser los artífices de una primera aproximación compartida a la agenda económica cubana actual.

Rodríguez y Ritter son quienes están más cercanos a proponer esa agenda: Rodríguez al abordar la viabilidad del proyecto socialista para reestructurar la economía cubana y los desafíos de los noventa y Ritter con su listado de propuestas de cambio para el rediseño del sistema económico y la reinserción en la economía global. Y, aunque por otra vía, Mesa-Lago hace su contribución al concluir su análisis sobre los efectos económicos en Cuba del socialismo en la Unión Soviética y Europa Oriental, con un inventario del legado de problemas que tendrán que ser enfrentados durante este decenio. El resto de los autores hacen aportes más puntuales, pero siempre en referencia a un conjunto más amplio de problemas y medidas.

En las contribuciones a la agenda, los economistas de la Isla enfatizan los desafíos, factores favorables y medidas relacionadas con el frente externo de la reinserción internacional. En cambio, los economistas del exterior ponen el acento en las transformaciones internas que serían necesarias para una exitosa reinserción internacional. Lo cual es consistente con sus respectivos diagnósticos de la crisis y, en particular, del peso relativo de los factores internos y externos en la misma.

Más que una divergencia, este hecho parece estar asociado a la aceptación del carácter complementario de sus contribuciones ya que unos y otros aceptan el carácter crucial de ambos factores. Así, Rodríguez y Monreal casi en los mismos términos señalan que una reinserción eficiente de Cuba en la economía mundial sólo será posible si se logran niveles de competitividad adecuados, que descansen en una eficiencia económica creciente. Y, Ritter y Mesa-Lago, concluyen mostrando el origen externo de los problemas actuales y la necesidad de "modificar la estructura de sus instituciones económicas de manera que puedan ganar autoconfianza financiera en el sistema internacional" (Ritter).

En base a los elementos de esta agenda, los trabajos desarrollan un debate sobre las propuestas y medidas de política económica capaces de reinsertar a Cuba en la economía mundial, sin sacrificar los logros obtenidos en educación, salud, nutrición, igualdad en la distribución del ingreso y el acceso a los servicios.

Esta reinserción, de acuerdo a Blasier, debe constituir una ruptura de los lazos artificiales con los países distantes y una vuelta

a los lazos naturales económicos y políticos de Cuba con América; la Isla tendría que tornarse hacia América y Europa Occidental para superar esa terrible dependencia de las exportaciones de azúcar y superar esa vulnerabilidad crítica de su vida interna. A su vez, Mesa-Lago tras un detallado examen de las relaciones de Cuba con Rusia, la Comunidad de Estados Independientes y algunos de los países ex-socialistas del Este europeo hasta 1992, concluye en la necesidad de una reducción drástica de éstas y de que la Isla diversifique sus socios comerciales.

El análisis de los economistas de la Isla los lleva a conclusiones muy diversas. Así, Rodríguez señala que: existen posibilidades de recuperar un nivel de relaciones superior al prevaleciente en 1991 con los países del ex-CAME y, particularmente con Rusia;⁴ y, que la condicionalidad política de la Comunidad Económica Europea en sus relaciones económicas con Cuba ha impedido el desarrollo de éstas. Monreal, después de inventariar los factores favorables a la inserción de Cuba en América Latina y el Caribe, advierte sobre la interferencia negativa que la integración subordinada de éstos a los Estados Unidos tendrá sobre esa posible inserción cubana; subrayando, además, que la severa limitación de créditos y las dificultades en el pago de la deuda por parte de Cuba limitaron las posibilidades de importación desde América Latina y el Caribe. Finalmente, Carriazo, a la vez que muestra el aumento de la participación de las subsidiarias norteamericanas en terceros países en sus relaciones con Cuba, el creciente interés de los inversionistas norteamericanos, y lo reconoce como socio comercial natural para Estados Unidos; sin embargo, ve en el bloqueo y los costos futuros que su levantamiento generaría para Cuba un obstáculo que se suma a las dificultades políticas internas que Estados Unidos tiene para caminar en esa dirección.

Sin duda, los términos de este debate tienen su contrapartida en América Latina y el Caribe, sea mediante la apreciación de la Iniciativa de las Américas como acuerdo entre socios naturales, el interés por mantener el importante espacio de los acuerdos comerciales intralatinoamericanos y caribeños, la necesidad de reforzar la apertura y lograr una diversificación máxima de mercados (Japón, Sudeste asiático, China, Comunidad Económica Europea, Comunidad de Estados Independientes, etc.); o bien, con la reiterada crítica al proteccionismo del Norte, la lentitud y condicionalidad de los

⁴ En otros trabajos este autor, además, ha destacado la importancia creciente de China como socio comercial cubano.

acuerdos con Estados Unidos, la inestabilidad de las economías de Europa Oriental y de los países de la Comunidad de Estados Independientes, o la inconsecuencia de las exigencias comerciales japonesas. La diferencia entre la experiencia de América Latina y el Caribe con Cuba, estriba en que en ésta es mayor el peso de las costumbres adquiridas en la integración a un sistema de acuerdos a mediano plazo y apoyado en el pilar de la relación especial con la ex-Unión Soviética. Las mismas autoridades cubanas que en junio de 1990 apoyaron la mayor liberalización y expansión del comercio mundial y presentaron su primera oferta arancelaria al GATT (Roca), ¿no compartirán ellas la nostalgia con que Rodríguez recuerda la inserción de Cuba en el sistema de división internacionalista del trabajo entre 1959 y 1989-1990?

En lo referente a los factores internos de la reinserción internacional, mientras Monreal y Rodríguez, como vimos anteriormente, coinciden en la necesidad de que Cuba alcance un nivel general y suficiente de eficiencia económica, para Monreal ella aún no han sido alcanzada; en cambio, que para Rodríguez la reestructuración económica en curso ha permitido hacer frente exitosamente a la coyuntura internacional. Igualmente, el optimismo de Rodríguez de contar con una alternativa socialista al típico ajuste capitalista debe ser relativizado en el contexto de las discusiones de los economistas isleños en materia de precios y tasas de cambio recogidas por Roca. Basta añadir las referencias a "la tarea fundamentalmente *interna* pendiente de ser resuelta el desarrollo de un sistema adecuado de organización socialista de Cuba" (Monreal), para ilustrar este debate tan poco conocido entre economistas profesionales de la Isla.⁵

La contrapartida al deseo de los economistas isleños por mantener el proyecto socialista es la insistencia de los de fuera de Cuba sobre la necesidad y urgencia de iniciar los cambios a una economía de mercado. Al respecto, aún en su versión más completa (Ritter), las propuestas están inscritas en un marco de gradualismo incluyendo la aceptación de formas pluralistas de propiedad y un sector estatal grande, si las comparamos con las favorables a cambios más rápidos y completos de otros economistas extranjeros que también participaron en otras reuniones de intercambios en 1991/92 con sus colegas

⁵ Recomendamos a manera de tener una visión de la evolución del debate, los artículos de Julio Carranza, "Cuba: los retos de la economía" y de Aurelio Alonso, "La economía cubana: los desafíos de un ajuste sin desocialización", aparecidos en *Cuadernos de Nuestra América*, Vol. IX, Nº19, julio/diciembre de 1992.

cubanos.⁶ La necesidad de apresurar el paso hacia los cambios parece ser también la opinión de Mesa-Lago quien concluye su trabajo augurando que las ya difíciles condiciones económicas habrán de deteriorarse aun más, "lo peor está aún por llegar en 1992, año de dura prueba para la viabilidad del sistema socialista cubano".

Más allá de las diferencias entre economistas, es evidente de parte de los colegas de fuera de encontrar una justificación sea en la falta de formación y experiencia de muchos de los isleños en las realidades del comercio y de la economía mundial y los mecanismos de mercado (Roca), o en el control político centralizado que impide la liberalización y desregulación de la economía, las causas de la lentitud en iniciar las reformas (Ritter). El diálogo entre economistas que presentamos puede destacarse por lo fructífero y es encomiable, pero seríamos irrealistas si pensáramos que ellos pueden ir más allá que preocupar a las autoridades cubanas por el "deterioro de las conquistas de la revolución" ya que, para éstas: "no hay apertura política porque no tenemos problemas políticos. Como sólo tenemos problemas económicos hacemos una apertura económica".⁷

⁶ Véase, por ejemplo: Cardoso E. y Helwege, A., *Cuba after communism*, (Cambridge, Mass: MIT Press, 1992).

⁷ Carlos Lage, Vicepresidente del Consejo de Estado y Secretario Ejecutivo del Consejo de Ministros, en entrevista a *El Mercurio*, Santiago de Chile, 13 de junio de 1993.